

EL ESCLAVISMO ANTIGUO EN LOS ESTADOS UNIDOS DEL PERIODO ANTEBELLUM (1780-1860)

Clelia Martínez Maza
Universidad de Málaga

A pesar de que la constitución de los Estados Unidos, proclama la igualdad de todos los hombres y la libertad como condición natural del género humano no incluye una condena explícita a la esclavitud, un término que ni siquiera aparece mencionado.

Es cierto que tampoco encontramos ninguna medida que la ampare, pero no puede negarse que algunos de los preceptos constitucionales reflejan la plena aceptación del esclavismo. En primer lugar, la sección II del artículo IV sobre los fugitivos donde se declara la obligación de entregar a todo aquel que ha huido y está obligado a trabajar en un estado:

“Ninguna persona forzada a prestar servicio o a trabajar en un estado bajo las leyes del mismo, que huya a otro estado, será dispensada de prestar dicho servicio o trabajo amparándose en leyes o reglamentos del estado al cual huyó, sino que será entregada a petición de la parte que tenga derecho a su servicio o trabajo”.

En segundo lugar, la protección concedida oficialmente al comercio de esclavos que se mantuvo por ley hasta 1808: artículo I sección 9:

“el congreso no podrá antes del año 1808 la inmigración o importación de aquellas personas cuya admisión sea considerada conveniente por cualquiera de los estados hoy existentes; empero, tal importación podrá ser gravada con un impuesto o derecho que no excederá los diez dólares por cada persona”). Se trató de una condición innegociable que impusieron los delegados de Carolina del norte en la convención de Filadelfia para aprobar la Constitución.

Por último, el célebre compromiso de los 3/5 exigido por los estados del sur y que reconocía a los esclavos como parte de la población computable para calcular el número de representantes en las elecciones a la cámara (artículo I secc. II § 3):

“Tanto los Representantes como los Impuestos directos serán prorrateados entre los diversos estados (que estén integrados en esta Unión, de acuerdo a su respectivo número, el cual se determinará sumando al número total de personas libres; se incluye a los que estén obligados a prestar servicio por determinado número de años y se excluye a los indígenas que no estén sujetos al pago de impuestos; las tres quintas partes de todas las demás personas)”.

El reconocimiento tácito del esclavismo en la carta Magna no resulta extraño pues el nuevo estado tenía en la mano de obra esclava y su comercio una de sus bases económicas esenciales. Por ello, en la convención reunida en Filadelfia en 1787 para redactar la constitución, los defensores de este modelo económico consideraron cualquier crítica al trabajo esclavo como una deslealtad a las aspiraciones de los padres fundadores, un ataque al experimento americano destinado a reducir su capacidad económica.

En este ambiente político en el que el pasado clásico aparece como constante referente ideológico que avala la validez del nuevo ordenamiento constitucional, los esclavistas también presentaron, como justificación de la práctica, los precedentes históricos y, de manera especial, la herencia transmitida desde la antigüedad clásica,

impulsando como veremos a continuación una hermenéutica propia de la esclavitud en Grecia y Roma.

Thomas Roderick Dew, (coautor con Harper, Hammond, Simms de “The proslavery argument”) presidente del college de William & Mary (1802-1846):

“Se ha defendido que el esclavismo no es favorable a un espíritu republicano pero la historia del mundo entero prueba que está muy lejos de ser así. En las antiguas repúblicas de Grecia y Roma donde el espíritu de libertad se respiraba con mayor intensidad, los esclavos eran más numerosos que los hombres libres... en los tiempos modernos las comunidades que disponen de esclavos desean igualmente la libertad”.

Algunos sureños establecieron incluso una estrecha y forzada conexión entre sus propios estados y Grecia y Roma al distinguir entre las civilizaciones del norte y las del sur (de las que formaban parte tanto ellos como las mediterráneas). James .D.B DeBow creador de la prestigiosa revista DeBow decía: “la civilización en el mundo tiene su origen en el Sur, como queda reflejado en la Historia. Grecia, Roma y los estados esclavos del sur han dado al mundo entero la civilización, las artes, literatura, leyes y el gobierno”.

En 1850 DeBow intentaba convencer a las familias sureñas de que en lugar de enviar a sus hijos a los colleges del norte donde según sus palabras, se promulgaba el abolicionismo, escogieran a cambio los del sur en los que se mantenía con fuerza la enseñanza clásica.

G. Fitzhugh (VA) fue uno de los esclavistas más combativos, autor entre otras de *Cannibals All! Or slaves without masters* publicado en fechas próximas a la guerra de secesión (1857). En su defensa de la esclavitud, recuperó el uso del trabajo esclavo en el mundo grecorromano y lo interpretó como un instrumento beneficioso no sólo en el ámbito económico sino en el sociopolítico e ideológico. La esclavitud abandonaba su naturaleza de mal menor, tal y como la justificaban muchos esclavistas, para modelarse a la manera del mundo antiguo, o expresado con propiedad, a la manera en que a los esclavistas les interesaba recuperar el modelo clásico.

Fitzhugh llegó al absurdo de intentar trazar las huellas que mostraban la vinculación existente por un lado, entre los colonos que se habían asentado en lo que ahora era el Sur de EE.UU. y los antiguos romanos y por otro entre sus adversarios yankees y los siervos anglos-sajones. Incluso los sureños observaban con cierta preocupación el hecho de que Grecia y Roma hubieran sido conquistadas por enemigos del norte, un pueblo además con un menor grado de civilización. En el *Daily South Carolinian* en 1855: “Si hay que destacar un momento de la historia de Grecia por encima de los demás es aquel en el que observamos la gradual historia de la destrucción de su libertad por el enemigo del norte, un trabajo comenzado por Filipo de Macedonia y completado por Alejandro- ... Nosotros, también sufrimos la peligrosa amenaza del Norte; nosotros también tenemos un nombre y una herencia de libertad que defender”.

La esclavitud como una cosa positiva

Pero no sólo se acudía al ejemplo clásico para defender la necesidad del trabajo esclavo y sus benéficos efectos en Grecia y Roma sino también para demostrar mediante la llamada a los clásicos, la continuidad del sistema. Entendida como una institución continuada en el tiempo se aducía entonces que como todo lo perdurable, debía ser natural y al ser natural en consecuencia el esclavismo era bueno. Por otro lado, la deducción era idéntica cuando se recordaba el carácter universal de la esclavitud, ya que cualquier cosa universal debe ser natural y en consecuencia de nuevo buena. Otros incluso daban un paso más y si en el admirado mundo grecorromano, existían esclavos,

la esclavitud debía ser por lo tanto buena. La esclavitud aparece entonces como parte del orden natural y las propuestas abolicionistas se tildan de creencias erráticas que provocarían discordia social, y se perciben como más peligrosas en la medida en que estaban alterando la naturaleza misma de las cosas.

En efecto, los esclavistas consideraban que la ausencia de un movimiento abolicionista en el pasado en general y en el mundo antiguo en particular, constituía indicio suficiente de que el activismo antiesclavista que surgió a finales del XVIII y comienzos del XIX debía ser considerado una anomalía, pues no existían antecedentes que legitimaran la abolición. La Historia demostraba que la esclavitud formaba parte del orden natural en el que se articulaba la sociedad y allí donde se constataba la decadencia del sistema (innegable por otro lado) se justificaba no como resultado de una agitación popular basada en la moralidad del abolicionismo, sino como respuesta a las necesidades económicas, pues el abandono del esclavismo debía estar siempre fundado en principios de mercado.

En la defensa del esclavismo como parte del orden moral en el que se basaba la sociedad, los intelectuales del sur encontraron una poderosa arma en Aristóteles. Sobre todo su tratado Política (I.2), en el que filósofo afirmaba que la esclavitud era al mismo tiempo natural y beneficiosa, conectada con la regla universal que establecía relaciones de poder de los humanos sobre animales, los adultos sobre los niños y hombres sobre mujeres. El señor se distinguía de su esclavo no sólo por su inteligencia más grande (1.5), sino por su gran amor por la libertad que es un requisito para un ciudadano de una república: (porque es por naturaleza un esclavo quien es capaz de pertenecer a otro y hace por pertenecer a otro). Estas y otras reflexiones convirtieron a Aristóteles en el filósofo más admirado por los intelectuales del Sur. Un sureño que se hacía llamar "Southron" escribió en 1838: "Apelamos con plena confianza a Aristóteles, uno de los más profundos filósofos de la antigüedad, ... Aristóteles ha declarado expresamente que "en su natural estado, desde el origen de las cosas, una parte de la familia humana debería ordenar y el resto obedecer, y que esta distinción entre dueño y servidor es una distinción natural e indispensable, y cuando encontramos que existe entre libres y esclavos, no es el hombre sino la naturaleza la que ha ordenado esta distinción". En 1840 J.C. Callhoun, líder sureño y vicepresidente de EE.UU. (1832) aconsejó a un joven que estudiara historia antigua y leyera los tratados fundamentales sobre el gobierno, incluyendo a Aristóteles que consideraba el mejor. También lo estudió G. Frederick Holmes (1820-1897, profesor de clásicas en varias universidades sureñas (U. Richmond, Missisipi, Virginia): "cuanto más estudio Aristóteles menos necesito descubrir otro filósofo". Fitzhugh lo consideraba el filósofo más sabio de todos los tiempos: "La teoría de Aristóteles, promulgada hace más de 2000 años, generalmente considerada cierta durante 2000 años, y destinada, así lo esperamos, a que sea aceptada pronto como la una teoría de gobierno y social verdadera". En 1855 admitía con cierta sorpresa a G. Frederick Holmes que había plagiado a Aristóteles sin leerlo: "me he dado cuenta de que no sólo he adoptado sus teorías, sus argumentos, y sus ejemplos sino incluso sus palabras".

Pero el concepto aristotélico de esclavitud natural fue ajustado a la realidad inmediata de los patronos sureños y para obtener un modelo ideológico que legitimara su práctica, los esclavistas incorporaron el componente racial. W. J. Grayson (1788-1863) miembro de la cámara de representantes por Carolina del S. escribió en la revista DeBow's:

"La máxima de Calloun es que no puede existir un gobierno democrático a menos que la clase trabajadora esté constituida de esclavos...y no es cosa nueva sino que ya fue así hace 2000 años. Tampoco Mr. Callhoun es el primero que lo menciona, sino

Aristóteles en su política, un texto que debería ser leído en todos los colegios del Sur y en el que establece la máxima de que un hogar o una comunidad completa se compone de hombres libres y esclavos. Aristóteles escribe para las democracias y mantiene que los esclavos deberían ser bárbaros y no griegos. Y Mr. Calhoun también apunta ahora como ventaja el hecho de que los esclavos del sur sean de raza negra, una raza bárbara suficientemente fuerte y dócil para el trabajo. Pero la proposición completa en lo relativo a la esclavitud como a la raza de los esclavos ya fue establecida por el filósofo griego”.

En efecto, Calhoun que tras dimitir como vicepresidente fue líder de la minoría esclavista en el senado entre 1830 -1840, se erigió uno de los más fervientes defensores de la esclavitud entendida no como mal necesario, sino como un activo beneficioso para el país. En sus propuestas podemos comprobar esos ecos aristotélicos que reconocen sus correligionarios: “es un enorme y peligroso error suponer que todo el mundo es igualmente adecuado para la libertad. Se trata de una recompensa que debe ser ganada, no una bendición obtenida gratuitamente, una recompensa reservada al inteligente, al patriota, al virtuoso y al merecedor de ella y no una bendición otorgada a gente demasiado ignorante, degradada, viciosa, para ser capaz de apreciarla y disfrutarla”.

Para Fitzhugh los afroamericanos respondían al estereotipo de esclavitud natural aristotélico incluso de manera más ajustada que los esclavos griegos y romanos: “Hay un poderoso argumento a favor de la esclavitud de los negros por encima de cualquier otro: que el negro, incapaz para las artes, el comercio, y cualquier otro propósito que requiera habilidad acepta que estas actividades estén en manos de los blancos, y no provocan el descrédito de la industria, como en Grecia y Roma donde los esclavos no fueron sólo artistas y técnicos sino también comerciantes”.

La subordinación de los afroamericanos se justificaba por su condición inferior que Fitzhugh comparaba a la de un niño. Y así reivindicaba: “la democracia ateniense no es posible en una nación negra, ni el gobierno de la ley es el adecuado para el individuo negro. Él no es sino como un niño y debe ser gobernado como un niño. En otras ocasiones, Fitzhugh los asimilaba a los salvajes, otra categoría de gente incapaz del autogobierno: “los griegos y romanos eran muy pródigos empleando el término bárbaro, pero dudamos de si vieron alguna vez a un salvaje. Heródoto habla de un pueblo sin cabezas y con los ojos en el pecho, pero no dice ni una palabra de hombres de piel negra y sin ley”.

Dado que los afroamericanos eran criaturas infantiles que no estaban preparadas para actuar con iniciativa propia, la posesión de esclavos se justificaba como forma de control social necesaria. Los blancos del sur se reconocían como individuos benévolos que cumplían un papel fundamental, al cuidar de sus esclavos y disciplinarlos como un padre hace con un niño que no puede asumir ninguna responsabilidad y actuar de manera independiente sin supervisión adulta. El amo era también mentor y maestro e incluso algunos sureños evocan la plantación o la granja como una escuela donde debían ejercer su tutela.

Por otro lado, la defensa del esclavismo se sustentaba en argumentos de naturaleza muy dispar. En primer lugar, se atiende a los criterios más evidentes, los de orden económico. Los esclavistas consideraban una deslealtad hacia los estados del Sur cualquier crítica diseñada para reducir la capacidad económica de la nueva nación. Resultaba intolerable que una reacción basada en emociones como la que subyacía en el movimiento abolicionista pudiera influir e incluso determinar la buena marcha de la economía del país. El valor de los esclavos como fuerza de trabajo necesaria para mantener un cierto nivel de producción quedaba fuera de toda duda y remontaron este principio al mundo clásico. Fitzhugh refrendaba esta percepción acudiendo a la historia

de los estados más poderosos y duraderos de la Antigüedad, sociedades que habían usado el trabajo esclavo a gran escala:

“es de sobra conocido que la gran y perpetua arquitectura de la Antigüedad fue resultado de la esclavitud. El esforzado trabajo colectivo que requerían la construcción, cuando las técnicas estaban tan poco avanzadas, sólo pudo llevarse a cabo gracias a la intervención de una autoridad despótica, como la de un amo hacia sus esclavos” (evidentemente Fitzhugh ignoraba, quería ignorar o le parecía impensable que en la construcción del Partenón participaran también ciudadanos atenienses).

Fitzhugh consideraba que la naturaleza explotadora del capitalismo industrial no proporcionaba un sistema de seguridad económica a los trabajadores del norte similar al que ofrecía el paternalismo de la esclavitud sureña. Defendía que la industrialización de Gran Bretaña y de los estados del Norte, constituía una forma nueva y más dura de esclavitud: “La libertad en Inglaterra, como en Roma y en Grecia, ha sido como lo es ahora, el privilegio de unos pocos, no el derecho de muchos. Pero si en Grecia, Roma y los estados del sur de América, la gente ha ganado en protección lo que ha perdido en libertad, en Inglaterra en cambio, no tiene ni libertad ni protección. Es verdad que los trabajadores de las fábricas, a diferencia de los esclavos, podrían moverse de un lugar a otro, pero lo que harían en realidad sería moverse de una situación desesperada a otra”. Su análisis obviaba conscientemente que las plantaciones del sur, lejos de ser enclaves que evocaban la vida pastoril, idílicos frente a la pésima imagen del mercantilismo, eran empresas con propósitos igualmente comerciales, con cultivos destinados a la producción a gran escala que satisfacían la demanda de esas fábricas textiles objetivo de su crítica.

Además de los beneficios económicos de la esclavitud tal y como quedaba comprobado en los grandes estados de la Antigüedad clásica, se atribuyen efectos igualmente positivos en el ámbito político, pues el esclavismo garantizaba la igualdad y la libertad del cuerpo ciudadano. En el desarrollo de esta línea argumental, los sureños no recuperan los modelos políticos del mundo antiguo más dignos de admiración en la América del período constituyente, la república romana y Esparta, considerados como el mejor espejo al que podían acudir para articular el ordenamiento interno de su gobierno, sino que se acude a Atenas, desdeñada inicialmente como modelo político a causa de la inestabilidad y la violencia que padecía la polis, resultado de los excesos de una democracia directa.

El cambio de percepción del modelo ateniense guarda relación con las nuevas formas más democráticas que empiezan a promoverse desde el gobierno federal, una vez establecido y consolidado el nuevo estado. A partir de 1790, la clase política liderada por Jefferson y Madison empezó a introducir en el gobierno y aprobar medidas más democráticas como la supresión del criterio timocrático en el derecho a voto, la eliminación de la propiedad como requisito imprescindible en las votaciones y se tiende a acentuar el papel crucial de la representación, si bien no se llega nunca a sancionar una democracia directa al estilo de la ateniense.

Atenas se erige entonces en el principal modelo clásico de los estados del Sur que mostraron su admiración por la igualdad concedida en la polis a todos los adultos varones ciudadanos que, al igual que ellos, disfrutaban en común de los beneficios derivados del establecimiento del esclavismo. La identificación con Atenas ennoblecía su experiencia y dignificaba sus acciones. La libertad e igualdad política se presentaban como ejemplo de las bondades derivadas de la esclavitud. Fitzhugh escribió: “la esclavitud eleva a los blancos pobres. Porque lejos de ser la base de la sociedad como en el Norte, donde son jornaleros, obreros no especializados o buscan en la basura, los

convierte en ciudadanos privilegiados, como los ciudadanos griegos y romanos con una nutrida clase bajo ellos. En una sociedad esclava, un blanco no es superior a otro porque todos son iguales en privilegios. Pensamos que la clase gobernante debería ser suficiente numerosa para atender a todos los intereses, y situados en esa posición de privilegio, representarlos de manera adecuada. Griegos y romanos se encontraban en esa misma posición, como los barones de Inglaterra y ahora los blancos del Sur. Si no son todos de la misma condición como en Grecia y Roma, al menos pertenecen a la misma raza de dueños y tienen derechos de ciudadanía y privilegios exclusivos, y ningún interés en que este derecho de ciudadanía se viera extendido, perturbado y convertido en algo despreciable o sin valor”.

Fitzhugh añade: “no necesitamos esclavos blancos en el Sur porque ya tenemos a los negros. Nuestros ciudadanos como los de Grecia y Roma son una clase privilegiada. Deberíamos adiestrarlos y educarlos para ganarse estos privilegios y que ejercieran los deberes que la sociedad les confiere... Es una distinción ser un sureño, como una vez lo fue ser ciudadano romano”.

“Los abolicionistas dicen que una de las irremediables consecuencias de la esclavitud es que los pobres son abandonados. No era así en Atenas ni en Roma ni debería ser así tampoco en el Sur... Debemos proporcionar una ocupación honorable a todos nuestros ciudadanos mientras cultivamos y mejoramos sus mentes para pedirles que tomen parte en la administración de justicia y gobierno. Deberíamos hacer la pobreza tan honorable como lo fue en Grecia y Roma. Porque ser un virginiano debería ser una distinción más alta que la riqueza o cualquier título otorgado”.

Junto a este sentimiento de solidaridad de clase, igualdad y camaradería entre el cuerpo ciudadano, para el que los esclavistas buscaron un referente de prestigio incontestable en el mundo clásico, un segundo beneficio en el ámbito político que los sureños reconocían en el esclavismo era la estabilidad y la perdurabilidad que había proporcionado a las antiguas repúblicas y que eran cualidades esenciales para un gobierno tan joven. W.J. Rivers profesor de literatura griega en el College de Carolina del Sur afirmaba: “en ningún lugar podríamos encontrar a gente más parecida a los griegos que en nuestro propio pueblo”. Reivindicaba que si los Estados Unidos hacían caso omiso a los abolicionistas además “de proteger el esclavismo y sus efectos elevando el carácter nacional, la nación tendría más paz y prosperidad. En caso contrario, la inestabilidad provocada en la república conduciría a la tiranía”.

Los intelectuales sureños, sin embargo, sí acudieron al ejemplo de Roma para defender, en este caso, que la abolición del esclavitud y sus terribles consecuencias (inestabilidad, tiranía, ruina económica) podían evitarse paradójicamente reforzando la clase de pequeños propietarios porque fue la disolución del pequeño campesinado la que favoreció, en primer lugar, la opresión patricia, y, en segundo lugar, la consecuente rebelión de los ciudadanos desfavorecidos, “hombres libres convertidos en instrumentos cómplices de demagogos sin principios” que terminarían por derrocar el esclavismo, y el gobierno de la república. Por esta razón, la mayor parte de los sureños aplaudieron las reformas de los Graco, a pesar de considerar discutibles sus métodos, pues su objetivo era recuperar el tejido social agrícola mediante la redistribución de tierras. Sólo mediante una amplia base de pequeños propietarios podía garantizarse el éxito de la república esclavista. Y en un momento en el que resulta factible incrementar el territorio de la nación con relativa facilidad, se podía asegurar la coexistencia de una amplia base de pequeños propietarios y el mantenimiento del trabajo esclavo.

Como argumento adicional se exhibían los logros intelectuales y artísticos de las repúblicas clásicas (y sobre todo Atenas), resultado de los efectos benéficos de la esclavitud:

“Estamos en deuda con Grecia, Roma, Egipto, y los restantes estados de la antigüedad por su gran prosperidad y civilización, prosperidad y civilización que parece más milagrosa aún cuando observamos su ignorancia en ciencias físicas. Este alto grado de civilización y la esclavitud doméstica no coexisten sino que son efecto y causa. Cada intelectual con inclinación por la historia antigua y la literatura comprueba que Grecia y Roma son deudoras de esta institución (el esclavismo) solo por el gusto, el placer y el provecho de cultivar sus mentes y sus corazones. Si tales intelectuales hubieran estado ligados a las nociones yankees del ahorro, habrían producido un Franklin, con su penique ahorrado, penique ganado, habrían tenido filósofos utilitaristas, inventado las máquinas de hilar pero nunca habría surgido un poeta, un orador, un escultor o un arquitecto, nunca habrían creado una obra de arte única. Las lejanas y solitarias ruinas del arte griego y romano, la columna dórica y las agujas del gótico, el genio y la energía de la sociedad en la que surgió el esclavismo, Escipión, Aristides, Calhoun y Washington son el noble resultado de la esclavitud doméstica”.

Fitzhugh suponía que el elevado grado de civilización de los atenienses hundía sus raíces en la esclavitud: “Deberíamos, como los atenienses, ser el pueblo más cultivado del mundo, y la mejor manera de conseguir ese resultado es empleando a nuestros blancos en la ingeniería (y otros campos de la mecánicas -que en el s XIX comparables a las artes-), el comercio y las actividades profesionales etc. y confinar a los negros al trabajo de granja y a trabajos mecánicos”.

Las reflexiones de Fitzhugh sobre los benéficos efectos de la esclavitud eran compartidas por los sureños. Thomas Dew señalaba que, de las sociedades esclavistas del mundo antiguo, surgieron Licurgo, Demóstenes, Cicerón, y en ningún momento desaparecieron los vínculos que unían amos y esclavos”. Del mismo modo, George Frederick Holmes señalaba que las sociedades esclavistas habían dado a Píndaro, Tucídides, Platón, y Aristóteles y los poseedores de esclavos romanos habían conquistado el mundo, legislado en momentos sucesivos de la Historia y sobre ellos se erguía la civilización y las instituciones modernas.

En definitiva, los esclavistas realizaron una lectura muy particular del pasado grecorromano y sustentaron en el trabajo esclavo, incluso su progreso en el ámbito artístico, político y ciudadano. Desde su perspectiva, cualquier desafío a la legitimidad del esclavismo debería abordar, en primer lugar, una denuncia de todos los antecedentes intelectuales presentes ya en el mundo clásico que justificaban y racionalizaban la práctica y para rebatir el peso de la tradición grecorromana, el movimiento abolicionista no disponía de más recursos ideológicos que el sentimentalismo.

Tras la guerra de secesión, en la nueva era industrial, la economía, la ingeniería, las ciencias, las llamadas artes útiles, y el alemán y el francés frente al latín y el griego, serán los referentes de la nación. El tiempo de una sociedad agrícola llegó a su fin y con él, el empleo de los clásicos en América. En un mundo plenamente industrializado poco amparo ideológico podían ofrecer.

El (6 de diciembre) 1865 la esclavitud era prohibida por mandato constitucional: Enmienda 13 sección 1 (1865):

“Ni la esclavitud ni la servidumbre involuntaria existirán en los Estados Unidos o en cualquier lugar sujeto a su jurisdicción, salvo como castigo por un delito del cual la persona haya sido debidamente convicta”.